

Si yo fuera Lara, le encargaba al peluquero Llongueras un libro y le daba el próximo premio «Espejo de España», porque dentro de nada la gente va a estar hasta el gorro de obras sobre antes del parto, después del parto y en el parto (de los montes, naturalmente). Uno creía —como la mayoría de los españoles y de las señoras esposas de los españoles— que el catalán Luis Llongueras era simplemente uno de los doce mejores peluqueros del mundo. Uno estaba en que Luis Llongueras era, todo lo más, un imperialista del lavado y marcado, que estaba colonizando al mundo a base de secador y plis, porque tiene el tío ya salones en París, en casi todos los Cortes Ingleses de España, en Palma de Mallorca, en Madrid, naturalmente en Barcelona, próximamente en Londres y hasta en Pamplona. Quien pone un salón de peluquería de señoras en Pamplona, en el mismo corazón de la moda Telva, en las entrañas de la santa coquetería, ya se puede comer tranquilamente el mundo...

Luis Llongueras, empero, tiene su corazoncito. No, no se va a comer el mundo. Por ejemplo, nunca pondrá una peluquería en la Unión Soviética, por muy sacadas del congelador que estén nuestras relaciones con el Este:

—No abriría ningún establecimiento en Rusia por motivos estrictamente políticos. En París, donde el Partido Comunista está legalizado, tengo numerosos amigos que militan en él y cuanto más me relaciono con ellos, más me doy cuenta de que están equivocados, porque los comunistas franceses viven como capitalistas. Yo les sugiero, con tal de que cambien sus ideas políticas, que en vez de pasar sus vacaciones en España, vayan a Rusia. También intento hacerles comprender que no son de izquierdas, porque viven como si fueran de derechas. Y, claro, cuando me oyen se rien, no saben cómo contestarme...



LLONGUERAS, O LA POLITICA POR LOS PELOS

Llongueras es, como ven, un peluquero muy especial. Más que en lavados de cabeza, es especialista en lavados de cerebros, y no sé cómo no se ha colocado ya en el telediario para anunciarnos la moda capilar de las próximas veinticuatro horas. A la sociedad capitalista le ha salido un ideólogo capilarista llamado Llongueras. Porque Llongueras no es un peluquero, sino un ideólogo que ha equivocado el camino. Muchos con menos mérito que él se hartan de escribir artículos en la tercera de «El Alcázar».

Si yo fuera Lara, le ponía de título a ese libro de Llongueras «La política por los pelos». Porque Llongueras, más que de peinados de señora, más que del «corte recto de una pieza», entiende de pelos políticos. ¡Qué bonita teoría del bigotito afilado nos podría hacer Llongueras en ese libro...! Su misma barba recuerda remotamente la de Italo Balbo, no sé por qué... Y sabe un rato de política y cabello:

—Al hombre, aunque lo disimule para que no lo tomen por invertido, le interesa cambiar; de lo contrario

no tendría sentido el dejarse crecer la barba o el recortarse, más o menos, el bigote. El banquero más importante, el ministro más importante, hoy, llevan la patillita tres centímetros más larga en relación a su medida habitual. Y, ¿por qué? Porque consideran que así están mejor, por muy importantes, por muy serios y por muy machos que sean. ¿Por qué los ministros se han dejado crecer un poco el pelo? Es muy sencillo: los seres vivos envejecemos de día en día y, entonces, buscamos unas determinadas prendas para vestir y unos peinados que contribuyan a darnos cierto aire de vitalidad...

Llongueras podría dar mucho de sí hablando en Radio Francia y diciendo por las noches:

—José María de Areilza se ha dejado últimamente las patillas centímetro y medio más largas y el pelo de la nuca como unos dos dedos, al tiempo que se le aprecia un tono de tinte plateado en las canas, lo que se interpreta en medios políticos del país como un signo de próxima promoción. Por otra parte —traducimos directamente de la lengua del Imperio— se sabe que don Blas Piñar ha dejado de usar Fijador Brillantina Patrico y se va a dejar un bigote entre Iñigo y Rafael García Serrano, evidencia de su llegada a unas posiciones más directísimamente carrasclás. En cuanto a Felipe González, ha vuelto a tener el pelo tan largo como la pasada primavera, cuando celebró en Bonn una entrevista cuya fotografía dió la vuelta al mundo...

Llongueras nos podría hablar de las canas de Girón, de la melenita de Solís, y de la colonia que usan los hermanos Garrigues Walker, y de si Fernando Suárez se da loción Williams o no. Ya les digo que Llongueras, más que un peluquero, es un ideólogo, que coge la política por los pelos. Chispa más o menos como todos los ideólogos. ■ **TOMAS MORA.**

